

7-11 años

serie
El gallo pelón

COLECCIÓN
Caminos del SUR

ANÓNIMO

Juyá y Ayajuy

El dios de las lluvias y el pozo maligno

ILUSTRADO POR REBECA ROCCA



© Fundación editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.ministeriodelacultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Ilustraciones
© Rebeca Rocca

Edición
Alejandro Moreno

Corrección
Arlette Valenotti / Milagros Carvajal

Diseño de colección
Mónica Piscitelli

Diagramación
Armando Rodríguez

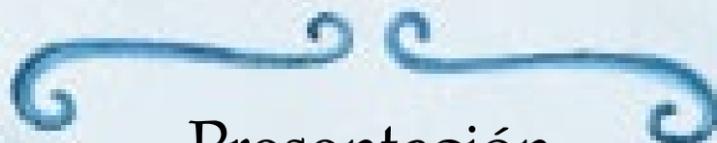
Hecho el depósito de ley
ISBN: 978-980-14-4260-8
DC2018001529

Juyá y Ayajuy

El dios de las lluvias y el pozo maligno

Anónimo

ILUSTRADO POR REBECA ROCCA



Presentación

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.





Juyá y Ayajuy

El dios de las lluvias y el pozo maligno

Juyá, el dios de las lluvias, había dejado en la tierra wayúu a tres de sus hijos: el primero era Patshó-Nohuí, el varón, a quien también llamaban Sucrishira que significa libélula o “caballito del diablo”, y que cuando aparece de noche, en alguna ranchería, los wayúu lanzan sobre el fuego hogareño algunas semillas de algodón y un poco de sal para alejar la mala influencia de los caballitos del diablo que están inspirados por Yarujá, el espíritu maligno.

Luego estaban las dos hembras: Sishisí, la flor del suspiro, y Aritasí, la flor del taparo, quienes eran las jóvenes hijas de Juyá y hermanas de Patshó-Nohuí. Sucedió entonces que Juyá dejó a sus tres hijos encargados de vigilar las aguas de lluvia, para que le avisaran de cualquier cosa que pasara. Confiados entonces en que su padre les mandaría el agua necesaria para la fecundación de la tierra amada, Sishisí, la flor del suspiro, y Aritasí, la flor del taparo, amanecían abiertas en dirección a Juyá, señor del invierno.

Y por su parte, Patshó-Nohuí, el travieso caballito del diablo, con el instinto maligno escondido en el fondo de su ser, pasaba enfurecido por donde hubiera suspiros y taparos, para cerciorarse de que sus hermanas habían obligado a las flores de su dominio a entreabrirse a Juyá. Habían transcurrido muchísimos inviernos en que sin interrupción y cumpliendo cada uno lo suyo, la tierra wayúu, extendida al sol, como si fuera una madre amorosa, recibía las aguas que venían del cielo junto con los gritos de los relámpagos, y esto era expresión de amor que estremecía la tierra sedienta.



An illustration of a desert landscape under a bright, yellow-orange sky. In the foreground, three figures are shown. On the left, a man with a headband and a woman with long dark hair and circular eye makeup are looking towards the right. In the center, a child is seen from behind, carrying a large, round, dark object on their back. The background features rolling hills and several cacti. The overall style is that of a children's book illustration, with bold lines and a warm color palette.

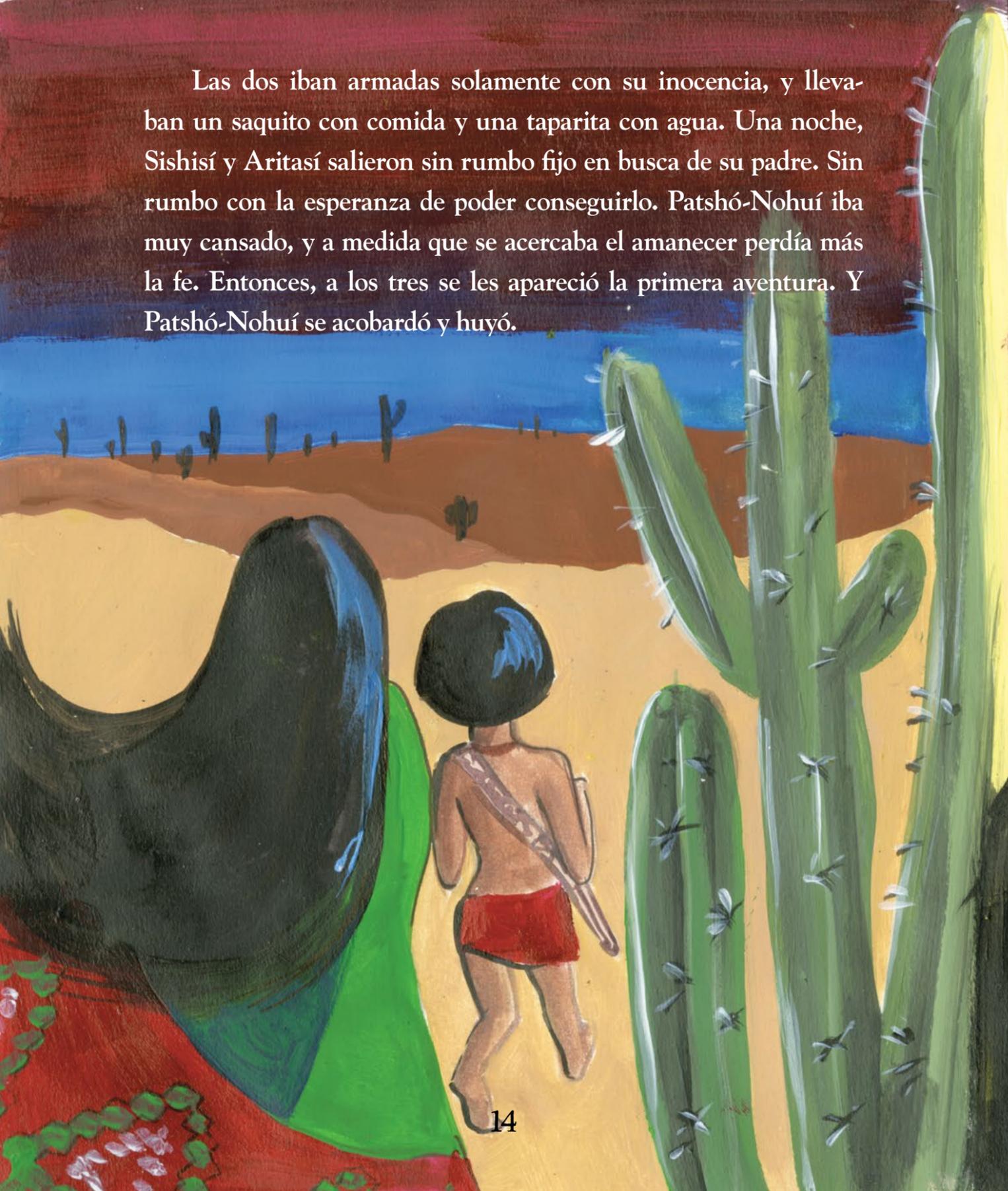
Una vez sucedió que se abrieron las flores del suspiro y del taparo, y la libélula recorrió la tierra wayúu para ver si todas habían cumplido con la abertura de pétalos y corolas anunciando las lluvias, pero las lluvias no cayeron. Pasó el “vatashón”, o sea, el amanecer, transcurrió “juparapá” o mediodía, y llegó “majúupa”, las siete de la noche... y no llovió. Pasó un mes lunar, o sea, un “guané-cashi”... y no llovió. Pasó un “guané-juyá” o un año contado de octubre a octubre, y tampoco llovió.

Millones y millones de flores, hijas de las dos hermanas, y millones y millones de libélulas habían muerto inútilmente. Sus pétalos o sus alas se habían achicharrado por el ardiente sol que parecía estar venciendo al padre Juyá. Desesperados Patshó-Nohuí, Sishisí y Aritasí, se pusieron de acuerdo para ir a las regiones donde pudiera haberse detenido Juyá. Las dos muchachas, antes de partir, recogieron cada una el collar que les había dado su padre para que las preservara de todo peligro. Los consejos dados en su oportunidad por Juyá decían también que en el caso de peligro, esos amuletos que tenían forma de minúsculas totumas, debían ser arrancados del cuello y arrojados al suelo.

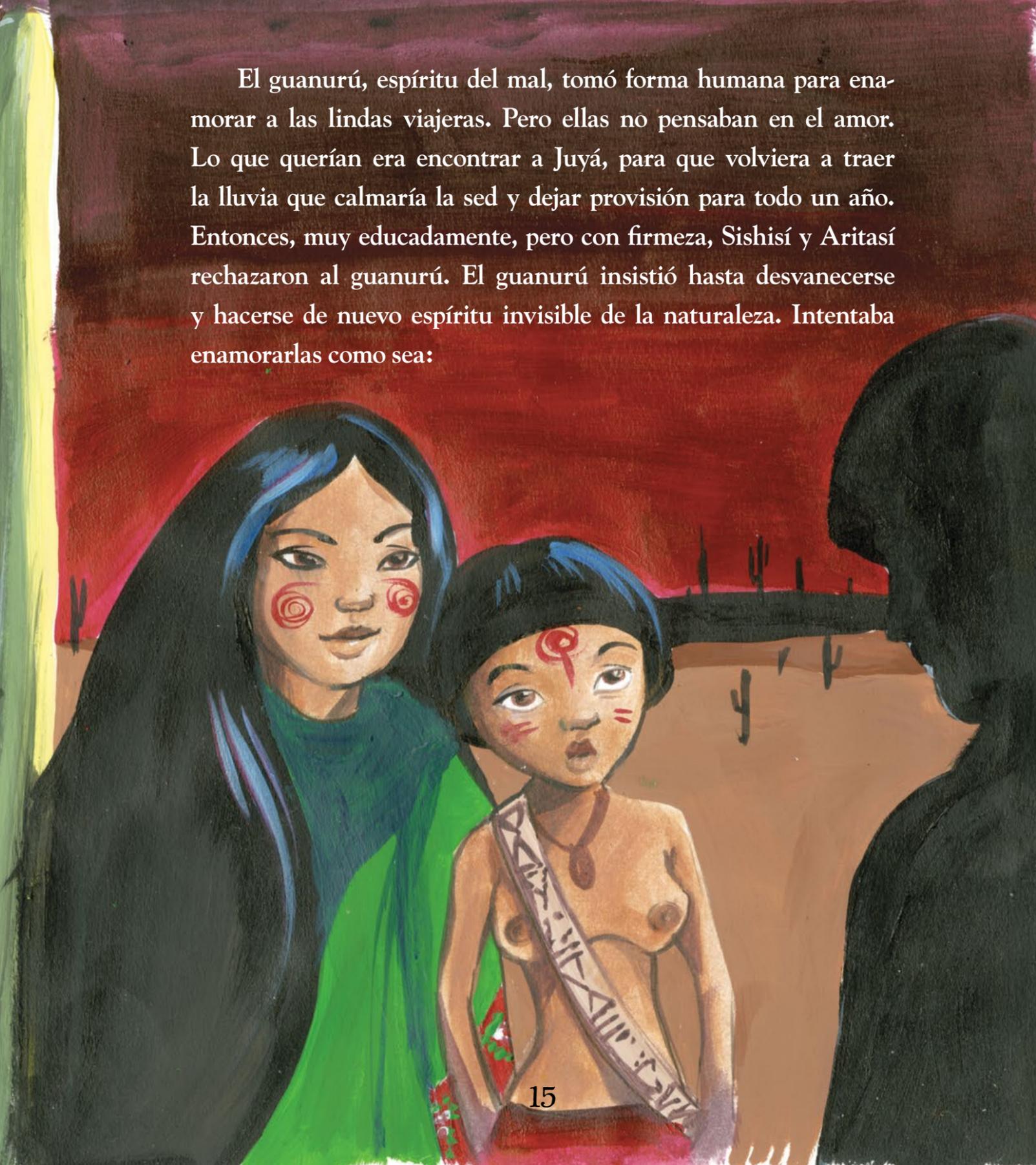
El valor de Patshó-Nohuí estaba en la rapidez de sus alas y en la rapidez con que recorría toda la tierra wayúu para enterarse del desempeño de las flores, pero ahora transfigurado en figura humana y buscando aventuras, no se sentía muy fuerte. Además, como tenía en su interior aquella influencia del espíritu diabólico Yarfá, Patshó-Nohuí prefería el engaño y la huida antes que utilizar el arco, la flecha y la macana.

En cambio, Sishisí y Aritasí, se habían convertido en dos lindísimas muchachas wayúu. Sishisí tenía el cabello largo hasta las rodillas, muy negro y lacio. Sus ojos eran alargados como los de una chinita, como también llaman a las muchachas wayúu; su cara de virgen era redonda, con dos hoyuelos en las mejillas y la barbilla redonda y carnosa. Tenía un cuerpo muy hermoso y esbelto y llevaba una manta verde y roja. Aritasí tenía en cambio el cabello corto, tenía los ojos redondos y grandes como las almas hermosas e inocentes, era pequeñita, y solo usaba un guayuco como vestimenta.

Las dos iban armadas solamente con su inocencia, y llevaban un saquito con comida y una taparita con agua. Una noche, Sishisí y Aritasí salieron sin rumbo fijo en busca de su padre. Sin rumbo con la esperanza de poder conseguirlo. Patshó-Nohuí iba muy cansado, y a medida que se acercaba el amanecer perdía más la fe. Entonces, a los tres se les apareció la primera aventura. Y Patshó-Nohuí se acobardó y huyó.



El guanurú, espíritu del mal, tomó forma humana para enamorar a las lindas viajeras. Pero ellas no pensaban en el amor. Lo que querían era encontrar a Juyá, para que volviera a traer la lluvia que calmaría la sed y dejar provisión para todo un año. Entonces, muy educadamente, pero con firmeza, Sishisí y Aritasí rechazaron al guanurú. El guanurú insistió hasta desvanecerse y hacerse de nuevo espíritu invisible de la naturaleza. Intentaba enamorarlas como sea:





Primero, para demostrar a las hermanas su poder se convierte en un viento fuerte que les arroja arenas que queman; luego levanta polvaredas de arena muy fina, encerrándolas en oscuros torbellinos para hacer que equivoquen el camino; y finalmente, imita el escalofriante chillido de pájaros agoreros para acobardarlas. Pero es tan firme la resolución de las muchachas que el guanurú, vencido por la constancia de ellas, se va furioso. Después de vencer ese primer obstáculo, las dos hermanitas continúan su viaje en busca de Juyá, pero Patshó-Nohuí ha desaparecido.

Entonces, el maligno guanurú se acordó de que en el camino por donde van Sishisí y Aritasí, habita una serpiente monstruosa que devora a todo el que se atreva a pasar por allí. Y el guanurú se fue rápido hasta la guarida de la serpiente para darle la noticia, y así destruir a las dos hermanas. La gran serpiente salió de su guarida en el cerro de Ayajuy para esperar que pasen las dos muchachas wayúu y se arrastró con su cuerpo asqueroso. La serpiente, de lengua babosa y frío corazón, se moría de impaciencia por acabar con las dos hermanas.

En la monstruosa cola, los cascabeles le sonaban como repugnantes maracas. Y cuando la culebra se imaginaba a las presas, cuya descripción ha exagerado el guanurú, todo su alargado y sinuoso cuerpo se estremecía de alegría. La monstruosa serpiente no tardó en divisar en el horizonte a dos figuras mínimas que avanzaban hacia donde ella estaba y que correspondían con la descripción que le ha dado el guanurú. Sí, eran Sishisí y Aritasí, las hermosas hijas de Juyá.

Lentamente las dos muchachas se van acercando hacia la serpiente. Y cuando estas estaban ya muy cerca, la serpiente se les fue encima dando espantosos aullidos. Las hermanas también gritaron ante el inminente peligro. Y en ese preciso instante, recordaron los collares que llevaban en el cuello y que su padre Juyá les había dado. Y los arrojaron al suelo tal cual como su padre les había dicho que hicieran en caso de que confrontaran un grave peligro.



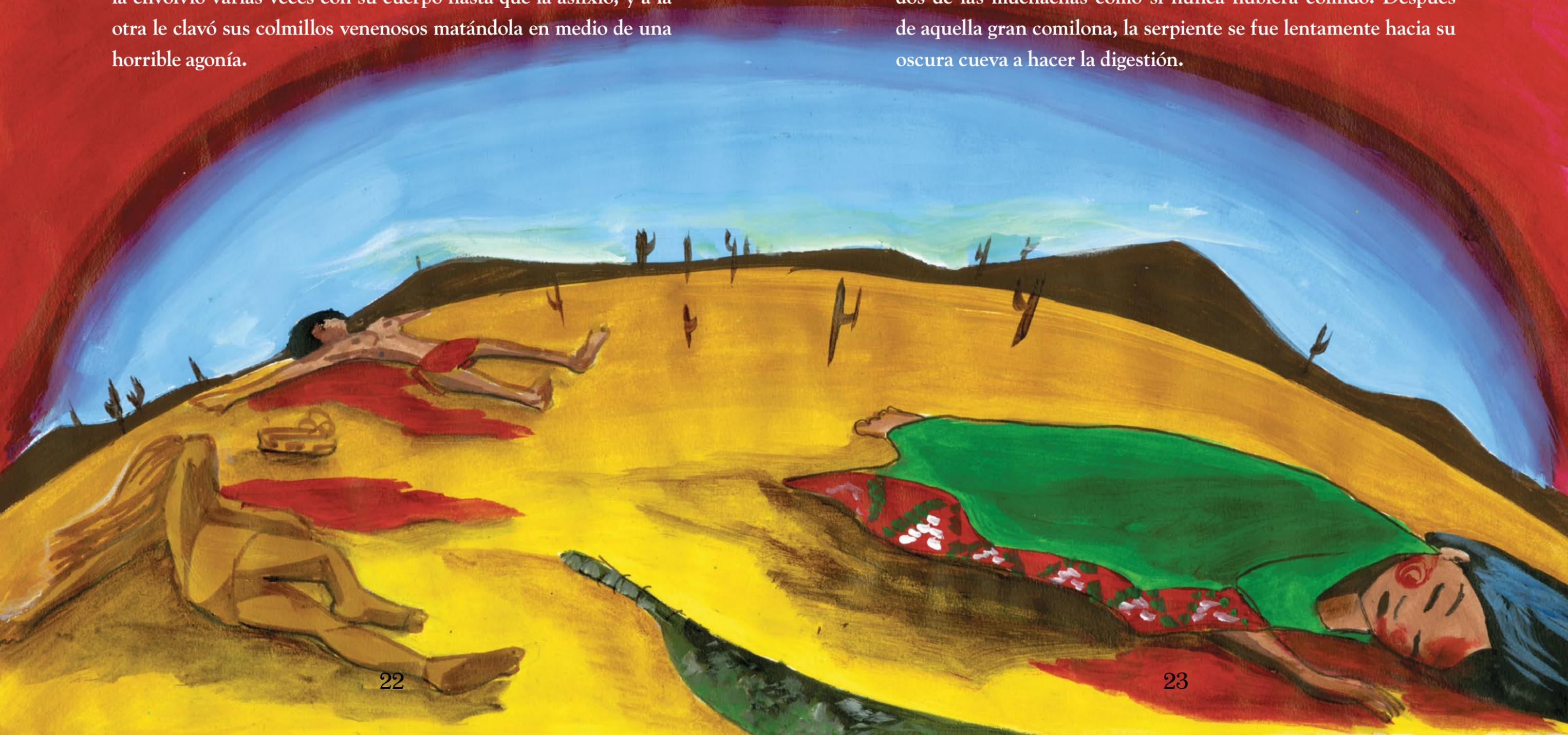
Apenas los dos collares de totumitas cayeron al suelo, salieron de uno, un fuerte guerrero indígena, hermoso como un sol de bronce y ágil como una pantera negra; y del otro, unas armas. En ese preciso instante, el guerrero tomó las armas y rápidamente se dispuso a defender a las dos muchachas de la serpiente maligna que quería hacerles daño. La serpiente, que pensaba que ya tenía segura a sus presas, se enfureció al ver que Sishisí y Aritasí tenían ahora un inesperado defensor.

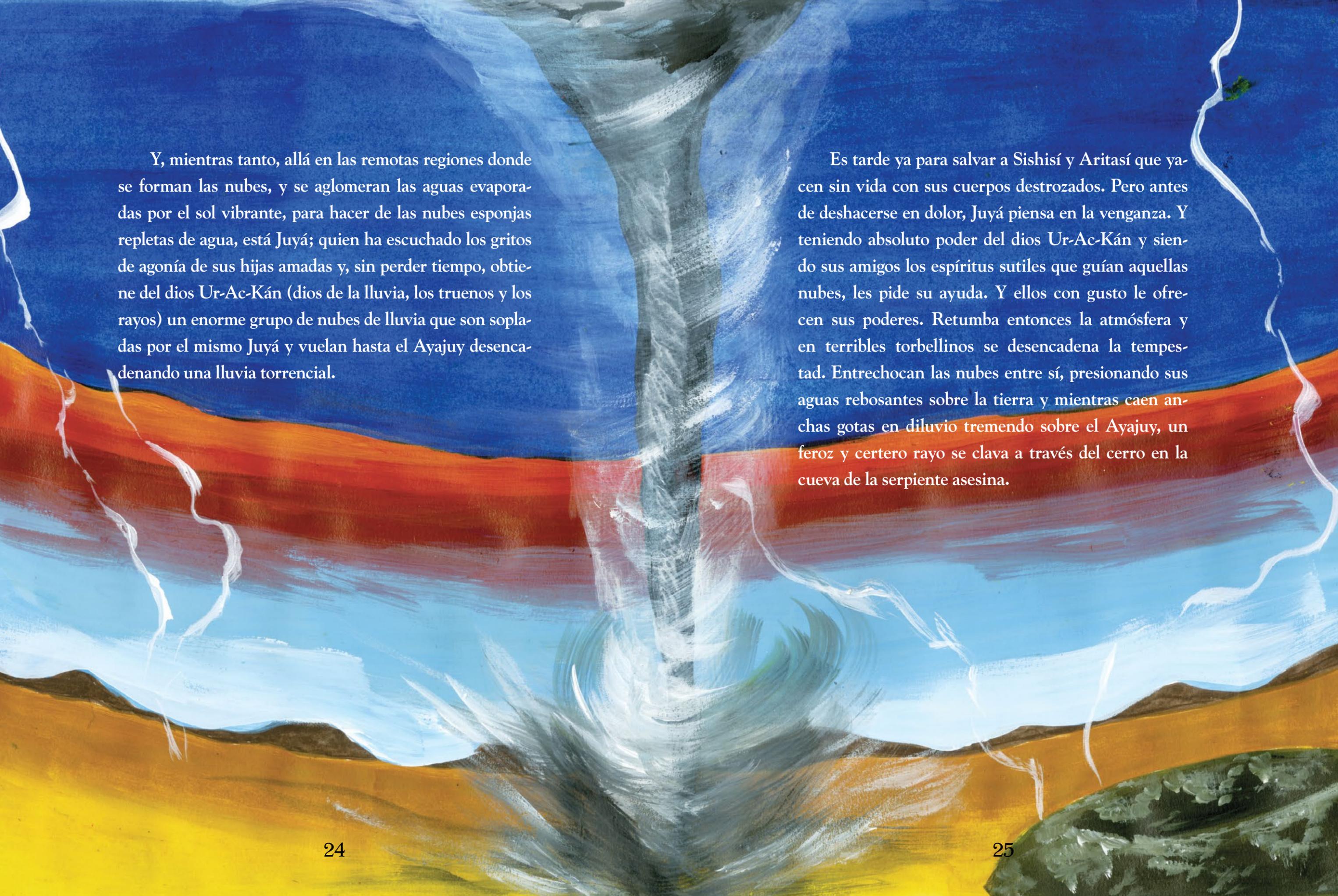
El guerrero tomó una flecha y la disparó contra el monstruo. Luego una y otra, pero las flechas solo servían contra humanos y no contra la coraza impenetrable de la monstruosa serpiente. El guerrero, entonces, convencido de que era inútil lanzarle flechas a esta, soltó el arco y agarró la macana y, esquivando la mordida mortal del monstruo de Ayajuy, lo golpeaba tratando de hundir el filo del hacha en las frías carnes de la serpiente.

Pero todo esfuerzo del guerrero era inútil. Y finalmente el muchacho, demostrando su valentía y coraje, sucumbió ante la siniestra serpiente. Sishisí y Aritasí quedaron a merced del monstruo. Y este, sin perder tiempo, agarró a una de las muchachas y la envolvió varias veces con su cuerpo hasta que la asfixió, y a la otra le clavó sus colmillos venenosos matándola en medio de una horrible agonía.

¡Aquel festín sangriento fue horrible!

Ahora Sishisí y Aritasí eran solo una masa de carne destrozada, y la horrible serpiente del Ayajuy empezó a disfrutar de aquel macabro festín, en donde se comía los pedazos destrozados de las muchachas como si nunca hubiera comido. Después de aquella gran comilona, la serpiente se fue lentamente hacia su oscura cueva a hacer la digestión.



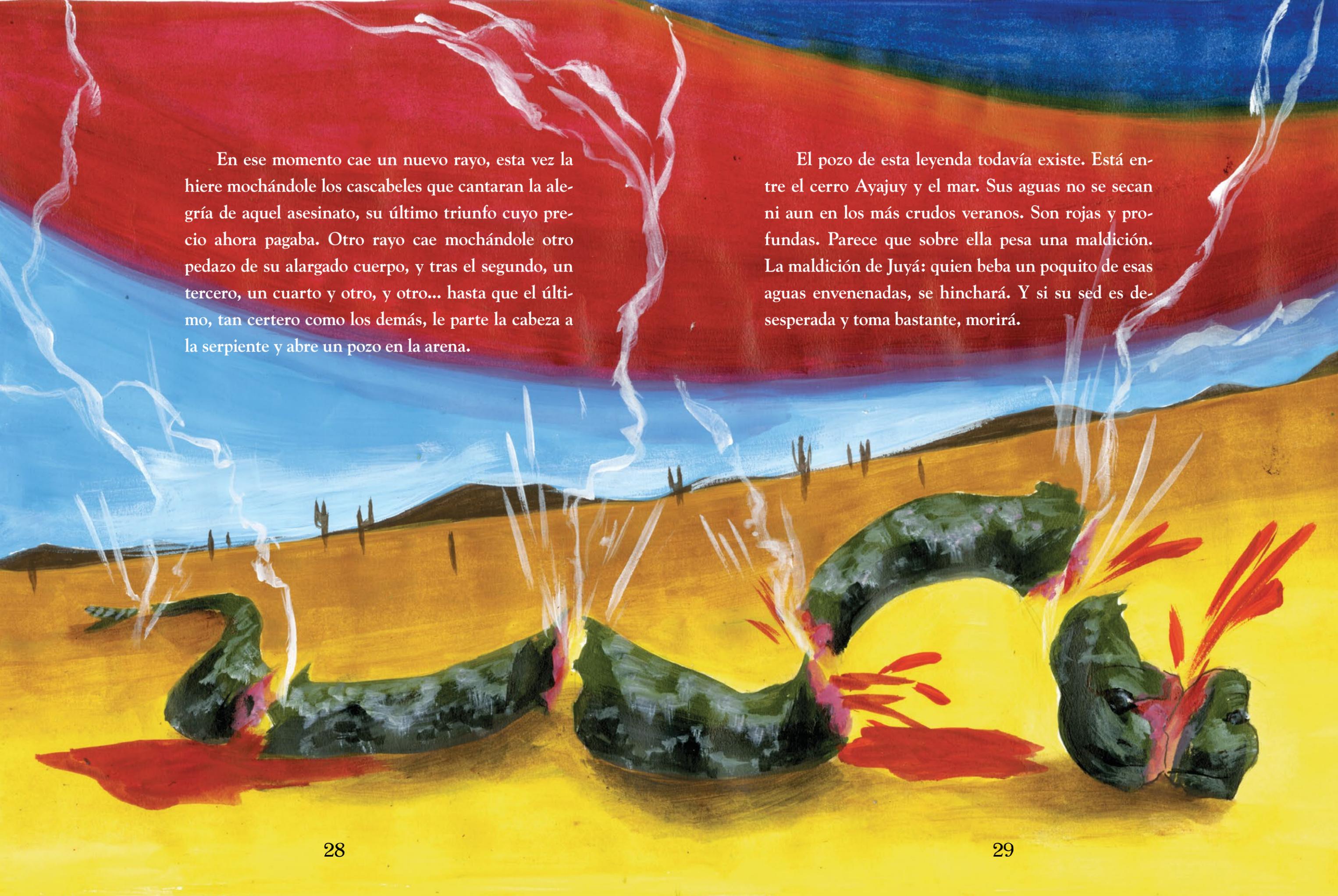


Y, mientras tanto, allá en las remotas regiones donde se forman las nubes, y se aglomeran las aguas evaporadas por el sol vibrante, para hacer de las nubes esponjas repletas de agua, está Juyá; quien ha escuchado los gritos de agonía de sus hijas amadas y, sin perder tiempo, obtiene del dios Ur-Ac-Kán (dios de la lluvia, los truenos y los rayos) un enorme grupo de nubes de lluvia que son sopladadas por el mismo Juyá y vuelan hasta el Ayajuy desencadenando una lluvia torrencial.

Es tarde ya para salvar a Sishisí y Aritasí que yacen sin vida con sus cuerpos destrozados. Pero antes de deshacerse en dolor, Juyá piensa en la venganza. Y teniendo absoluto poder del dios Ur-Ac-Kán y siendo sus amigos los espíritus sutiles que guían aquellas nubes, les pide su ayuda. Y ellos con gusto le ofrecen sus poderes. Retumba entonces la atmósfera y en terribles torbellinos se desencadena la tempestad. Entrechocan las nubes entre sí, presionando sus aguas rebosantes sobre la tierra y mientras caen anchas gotas en diluvio tremendo sobre el Ayajuy, un feroz y certero rayo se clava a través del cerro en la cueva de la serpiente asesina.

La serpiente asustada ante la amenaza de los rayos que vienen hacia ella, busca la salida de la cueva para huir. Un nuevo rayo que se clava en la tierra justo detrás de ella, hace que la maligna serpiente apresure la huida fuera de la cueva. El terrible reptil sale a la sabana y allí la lluvia golpea su cuerpo con insistencia. De nuevo otro rayo cae justo detrás de la serpiente y logra asustarla. Esta sigue huyendo despavorida.

Los espíritus desenfrenados de la naturaleza juegan con el terror de la maligna culebra, con más ensañamiento del que ella usó con las dos inocentes muchachas wayúu: la flor del suspiro y la flor del taparo. Y por fin, cuando el monstruo del Ayajuy está a cierta distancia de su cueva derrumbada por un rayo, levanta su cabeza repugnante pidiendo clemencia, pero sin haberse arrepentido.



En ese momento cae un nuevo rayo, esta vez la hiere mochándole los cascabeles que cantaran la alegría de aquel asesinato, su último triunfo cuyo precio ahora pagaba. Otro rayo cae mochándole otro pedazo de su alargado cuerpo, y tras el segundo, un tercero, un cuarto y otro, y otro... hasta que el último, tan certero como los demás, le parte la cabeza a la serpiente y abre un pozo en la arena.

El pozo de esta leyenda todavía existe. Está entre el cerro Ayajuy y el mar. Sus aguas no se secan ni aun en los más crudos veranos. Son rojas y profundas. Parece que sobre ella pesa una maldición. La maldición de Juyá: quien beba un poquito de esas aguas envenenadas, se hinchará. Y si su sed es desesperada y toma bastante, morirá.

Y esto no solo ocurrirá a los humanos, sino también a los animales, quienes se alegran al encontrar el pozo lleno de agua en el verano, pero al oler las aguas malditas, huyen desesperanzados.





EDICIÓN DIGITAL
AGOSTO 2018
CARACAS, VENEZUELA

Juyá y Ayajuy El dios de las lluvias y el pozo maligno

En la implacable tierra wayúu, una culebra maligna acecha a dos hermosas muchachas. En ese encuentro trágico, la culebra signará sus destinos y marcará con la fatalidad las áridas tierras de los wayúu. De aquel encuentro nacerá también un lugar maldito: un pozo funesto al cual no deben acercarse ni humanos ni animales.

Esta leyenda que presentamos a continuación está tomada del libro *Leyendas indígenas guajiras* de Arturo Hellmund Tello y a partir de allí hemos construido nuestra versión, tomando en consideración –para seleccionarla– la importancia de la lluvia en toda la cosmogonía de nuestros ancestros americanos. Sirva este maravilloso relato para acercarnos al imaginario de los wayúu. Queda en manos de los niños de Venezuela y de Nuestra América esta hermosa leyenda.

